

Rasgos fisiográficos (Lámina III).

Geográficamente considerado, el promontorio toledano puede calificarse de *cerro* o más bien de *altiplanicie*, con arreglo a la proporción de sus dimensiones, según tendremos ocasión de ver en seguida.

Muchos literatos, historiadores, cronistas y autores de folletos, dejándose llevar en alas de la fantasía, o por la mejor armonía con el texto literario, han bautizado el pedestal de nuestra ciudad con los más variados calificativos. Sin citar procedencia, copio algunos de los altisonantes epítetos: «Enhiesto peñasco», «Eminencia abrupta», «Lugar riscoso y encumbrado», «Alta roca», «Escarpado risco», «Montaña inaccesible», «Gallarda roca», «Ciudad rocosa», «Ciudad a desmesurada altura sobre el nivel del Tajo». Tales calificativos aún quedan cortos al lado de estos otros: «Abrupta y dura sierra arcaica», «Grisáceo y brutal peñasco», «Ciudad de las águilas», «Fantasma pétreo».

Dichas expresiones más o menos exageradas, sin duda han nacido de la impresión súbita que proporciona la contemplación de las vertientes oriental y meridional del macizo, en la parte de su máxima altitud, pero claro es, que tal vista no es la del conjunto, es un detalle nada más, por el cual no se puede juzgar al todo.

Dejémonos de frases bonitas, y veamos líneas y números, que nos permitan apreciar geoméricamente el peñón desnudo de su cobertura arquitectónica.

El pedestal toledano, afecta la forma y dimensiones que nos muestra el plano de la lámina III, el cual hemos formado tomando como base los datos del Instituto Geográfico y Catastral. La equidistancia de las curvas es de 5 m., estando trazadas con líneas continuas a las correspondientes a múltiplos de 10, y de trazos, las intermedias; hemos reforzado más intensamente la curva de 500 m., y para dar alguna expresión de relieve, hemos empleado el sistema de normales, suponiendo la luz procedente del NO con una inclinación de 45°.

La sola inspección del dibujo nos dice que la planta es de forma algo aproximada a la de un trapecio isósceles, cuyas bases tienen longitudes de 1.600 y 700 metros. La altitud máxima res-

pecto al nivel medio del río es de unos 700 m. La curva de cota 500 (respecto al nivel medio del mar) coincide en buena parte de su desarrollo, con la línea que marca el cambio de pendiente bien notorio, entre la superficie de la cumbre, suavemente ondulada, y las vertientes rápidas, especialmente en los frentes del río. La máxima cota es de 548 m., correspondiente a la explanada N. del Alcázar (frente a la puerta del edificio), y la mínima en el nivel del río agua abajo del Puente de San Martín, 440 m.

Esquemáticamente podemos mirar a la figura o relieve geográfico, como un tronco de pirámide cuya base es el trapecio antes marcado, y cuya altura media sea la de 70 m., tomando como plano de comparación el nivel del río. Por lo expuesto, vemos que no resultan muy adecuadas las denominaciones de montaña, risco, sierra, etc., y solamente podemos denominar al Toledo físico o pedestal toledano, *pequeña meseta o cerro de achatada cumbre*.

Las irregularidades más notables que deforman el cuerpo geométrico, son: la profunda depresión cuya línea de talweg sigue la calle del Barco (ahora de Barrés), y su paralela, surcada por la calle del Cristo de la Parra.

La base superior del tronco de pirámide queda alterada por una serie de pequeñas colinas, de las cuales las más prominentes forman una divisoria en sentido O.-E. aproximadamente, determinada por los puntos siguientes: Cerro de la Virgen de Gracia, Callejón de Esquivias, San Román, Instituto, Callejón de los Husillos, calle de la Sillería y Alcázar. De las dos vertientes así separadas, la N. constituye una superficie menor de la tercera parte del total y la meridional por lo tanto, algo mayor de las tres cuartas partes.

Veamos ahora algunas de las particularidades que nos ofrece el relieve de Toledo. La notable curva de nivel de 500 m. de cota respecto al mar y de unos 50 respecto al nivel del río, ya dijimos que establece la separación entre la zona interior de pendiente rápida, cuyo valor llega en algunos puntos hasta el 70 por 100, y la superior, con rampas entre 10 y 30 por 100. El trayecto desde la iglesia de San Lucas a la de San Sebastián constituye una excepción por corresponder a la vaguada del «Barco».

Por la desigualdad superficial en las dos vertientes generales del cerro, resulta que si dirigimos nuestra visual desde los cigarales del otro lado del Puente de San Martín, podemos contem-

plar la más hermosa vista de nuestra ciudad. Si nos trasladamos a las colinas o lomas del Cementerio, contemplamos solamente la parte más reducida, la vertiente N., la cuarta parte de Toledo; por último, si miramos desde el Puente de Alcántara, solamente vemos un frente casi triangular, según una vista que es casi una proyección, y por esta razón desconciertan las dimensiones aparentes del panorama.

Las colinas de Toledo.

Analicemos algunos detalles morfológicos del cerro de Toledo, con objeto de poner de manifiesto, una vez más, la necesaria compenetración de la Ciencia, el Arte y la Historia. Los consabidos y varias veces citados cronistas de Toledo, casi todos hacen notar analogía o semejanza del relieve toledano con el de Roma, por tener 7 típicas colinas.

No cabe duda que al contar el número de prominencias, lo han hecho un poco a la ligera, y al llegar a la 7.^a han cesado en la cuenta, despreciando las restantes, por convenir así a su cálculo. Vamos nosotros a recorrerlas y enumerarlas en su orden de magnitud altimétrica, mas no es preciso salir por las calles, basta examinar el planito de la lámina III.

Si utilizamos las curvas de nivel con equidistancias de 5 en 5 m., apreciando además hasta el metro en las cumbres, resultan nada menos que 12 curvas cerradas que delatan la posición y valores de otras tantas colinas o pequeños cerros perfectamente definidos. Si el levantamiento se hubiese hecho con arreglo a otra escala, y la equidistancia de curvas fuese menor, o sea el módulo de altitudes menor de un metro, seguramente resultarían muchas más.

Sin embargo, nos contentaremos con las 12 primeras que presentan relieve suficiente para que sean apreciadas perfectamente por el que tenga el capricho de comprobarlas. Sentimos de paso, el que con este argumento de índole numérica, borremos una curiosidad casi tradicional en la historia geográfica de Toledo, cual es la existencia de las 7 colinas; mas si queremos no desmentir a los autores tan renombrados, podemos decir que, en efecto, hay 7, puesto que en el número 12 está comprendido el 7.

Citaremos la docena de culminaciones del relieve de nuestro